

NEW LEFT REVIEW 128

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2021

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Cambios de paradigma 7

ARTÍCULOS

GEORGI DERLUGUIAN Una pequeña guerra mundial 28

ANTON JÄGER Regiones rebeldes 55

ESCUELA DE FRANKFURT Teorías de la necesidad 81

WILLIAM DAVIES Políticas del reconocimiento 95

FRANCO MORETTI *Bande à part* 115

KENTA TSUDA Cuestiones sobre el decrecimiento 127

CRÍTICA

DANIEL FINN Iglesia militante 150

J. X. ZHANG Los significados de Tiananmen 161

MICHAEL LIPKIN Domesticar a Hegel 175

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



ANTON JÄGER

REGIONES REBELDES

EN NOVIEMBRE DE 2020, el registro mercantil de Gran Bretaña dio la bienvenida a un curioso recién llegado a su repertorio de empresas: el Northern Independence Party (NIP). Con el lema «Por una Northumbria libre y un norte más justo para todos», esta iniciativa privada nació con la intención de presentarse a las elecciones de 2024. Al igual que sucedía con el Brexit Party o con los nacionalistas escoceses, las ambiciones del NIP eran abiertamente plebiscitarias: abogaban por un referéndum sobre la secesión del norte de Inglaterra, emulando a pequeña escala la desvinculación europea de Gran Bretaña. El NIP exige que el Parlamento británico celebre un referéndum sobre una Inglaterra del norte independiente en el que defenderá, llegado el caso, un voto afirmativo que conduzca al «establecimiento de una República del Norte soberana». La petición terminaba con una cita de un artículo de *The Guardian* escrito por Tom Hazeldine: «Es un error presentar la divisoria norte-sur como un reto que un gobierno bienintencionado habría de superar y no como el reflejo geográfico de cómo se gobierna Gran Bretaña y para quién»¹.

El NIP no es una rareza británica. Uno de los subproductos más sorprendentes de la era de la globalización ha sido el notable aumento del sentimiento regionalista. Los conflictos entre catalanes, vascos y españoles, entre septentrionales y *mezzogiornisti* o entre flamencos y valones atraviesan la era posnacional. La economía política sigue siendo en este sentido un motor importante. Como señaló Wolfgang Streeck en 2017,

¹Tom Hazeldine, «London Punishing the North Is No Accident: It's How England Is Run», *The Guardian*, 19 de octubre de 2020.

«en Europa un nuevo nacionalismo característico del Estado-nación comparte con el separatismo regional su oposición a la centralización política que se abre a los mercados: uno lucha por impedirlo, el otro por deshacerla»². En medio de estos escenarios, Gran Bretaña se ha visto afectada por la dinámica centro-periferia de manera muy especial. El Reino Unido es más desigual a escala regional que cualquier país de la Unión Europea, mientras que su sistema político recuerda más al centralismo jacobino que el de su vecino francés. Como señaló Perry Anderson en 2014, la sociedad de envergadura más centralizada de Europa no es Francia, sino, de lejos, «ese reino mastodóntico que es el Reino Unido»³. A lo largo de la última década una serie de conmociones sucesivas ha golpeado al «reino mastodóntico», perturbando la complacencia sobre la unión británica y reavivando los temores de Londres a la separación de Escocia. La región conocida como «el norte» desempeñó un papel decisivo en estos sobresaltos. En 2016 votó mayoritariamente por la opción de abandonar la UE en el referéndum del Brexit y en 2019 abandonó al Partido Laborista y llevó a Boris Johnson de vuelta a Downing Street.

The Northern Question: A History of a Divided Country, de Tom Hazeldine, aporta al debate una muy necesaria perspectiva histórica⁴. En lugar de caer en el esencialismo de un Norte reacio al cambio, Hazeldine se sirve de una metodología marxista para explicar los problemas de la región. Su primer punto de referencia es Antonio Gramsci, cuyas reflexiones sobre la «cuestión meridional» tiñen las primeras páginas de su libro. El marxista italiano veía a su partido como el rival de una tímida burguesía septentrional, que no había conseguido unir a la península en torno a un programa jacobino democrático y popular, sino que, lejos de ello, negociaba acuerdos con los terratenientes meridionales y las clases eclesiásticas, otorgando así al Estado-nación italiano unificado la típica condición híbrida que lo viene lastrando desde entonces. Solo un partido con ambiciones maquiavelianas de renovación nacional podría culminar la tarea que eludían los líderes del norte, que ni querían ni podían enterrar el viejo orden. Con respecto a Gran Bretaña, Hazeldine propone una ponderada proyección de este marco gramsciano. Así, *The Northern Question: A History of a Divided Country* toma como epígrafe las palabras del prodigioso alumno escocés de Gramsci, Tom Nairn:

² Wolfgang Streeck, «Reflections on Political Scale», *Jurisprudence*, vol. 10, núm. 1, febrero de 2019.

³ Perry Anderson, «Forget about Paris», *London Review of Books*, 23 de enero de 2014.

⁴ Tom Hazeldine, *The Northern Question: A History of a Divided Country*, Londres y Nueva York, 2020.

El tan lamentado «creciente abismo» existente entre el norte y el sur no debería ser un tema de meras cifras, ni suscitar la indignación moral, ni demostrarse útil para efectuar fútiles reediciones de una «modernización» inspirada en Westminster: no puede abordarse dentro del Estado existente, porque *es* el Estado existente, el dominio de la cultura de la Corona (o cultura «antiindustrial») y el floreciente pseudonacionalismo del Antiguo Régimen⁵.

Cualquier análisis de la región septentrional de Inglaterra debe comenzar, por supuesto, por la cuestión de su existencia. Hazeldine tiene claro que la región de la que hablamos es algo más que el mero afecto cultural, los acentos y los panoramas musicales. Las definiciones geográficas han ido variando: ¿la situamos al norte del río Trent, del Mersey, del Ribble o de la divisoria Severn-Wash, que en este caso incluiría a las deprimidas Midlands? La respuesta de Hazeldine es estructural, dado que pretende explorar la relación existente entre, por un lado, el auge y caída del norte en tanto que potencia industrial y, por otro, el auge continuado de Londres como capital del imperio y de las altas finanzas. Según señala, la desindustrialización ha difuminado las disparidades regionales existentes en la Inglaterra contemporánea, porque estas disparidades vienen hoy dadas no tanto por la división nacional del trabajo, sino en realidad por «la superioridad estratégica de Londres en un espacio económico nacional dominado por los servicios». En este contexto, el llamado *rust-belt* [área desindustrializada] del norte hace las veces de «representante principal» de una Inglaterra de dimensiones mucho mayores que va quedándose atrás⁶. Sin embargo, el norte nunca ha logrado alcanzar la «velocidad de escape» necesaria para liberarse de su pasado industrial. En efecto: allí donde se levantaron las primeras fábricas y minas de carbón, empieza el norte.

Así definido, el norte de Hazeldine se ubicaría en el antiguo cinturón textil de Lancashire-Yorkshire, las zonas mineras y las antiguas comarcas de la industria pesada, desde el norte de Derbyshire hasta Newcastle y Carlisle. Las Midlands, según él, tienen su propia historia que contar. No es de extrañar que las pruebas para datar los albores de la conciencia regional del norte provengan de la novela social de mediados del siglo XIX: *Sybil*, de Disraeli (1845); *Mary Barton* (1848) y *Norte y sur* (1854), de Gaskell; o *Shirley* (1849), de Charlotte Brontë. En opinión de Hazeldine, persiste en la región un sentimiento de pertenencia cultural, por mucho que, cuando

⁵ Tom Nairn, *The Enchanted Glass: Britain and Its Monarchy* [1988], Londres y Nueva York, 2011, p. 244.

⁶ T. Hazeldine, *The Northern Question: A History of a Divided Country*, cit. p. 12.

lo comparamos con los casos del País Vasco y Cataluña, con sus lenguas específicas y sus aspiraciones de autogobierno, se trate de un sentimiento de «baja intensidad». En Inglaterra las identidades regionales han sido «niveladas» y neutralizadas por un milenio de gobierno centralizado y unos medios de comunicación muy poderosos a escala nacional⁷.

El desafío de la industria

Hazeldine se remonta muy atrás en el tiempo para establecer la *differentia specifica* del norte. Los asentamientos romanos se concentraron en el sur, más hospitalario, siendo Chester y York distantes puestos avanzados en medio de los páramos y las montañas; más allá de ellas no había más que «la economía de guarnición propia de la zona fronteriza». La resistencia del norte a la conquista normanda fue aplastada con tácticas de tierra quemada, lo que dio lugar al reparto de vastas posesiones entre los nuevos señores. La supervisión señorial siempre fue en estas tierras menor que en el sur, pero al mismo tiempo la alfabetización fue también más escasa. Los vasallos feudales del norte nunca disfrutaron del mismo grado de centralización jurídica que permitió los cercamientos y la mejora agraria registrada en el sur de Inglaterra, donde la aristocracia rural emprendedora ayudó a poner en marcha la revolución agrícola y convirtió Londres en una de las mayores ciudades de la modernidad temprana. A mediados del siglo XVI, la Inglaterra situada al norte del río Trent no representaba más allá del 8 por 100 de la riqueza imponible. En las luchas de principios de la era moderna, el norte era un baluarte de la causa conservadora: tradicionalismo religioso, barones privilegiados, la Corona en pugna con el Parlamento.

Fue la Revolución Industrial la que transformó la región, esta hizo que el norte de Inglaterra dejara de ser «un barrizal oscuro y mal cultivado» (Engels) para convertirse en el centro de un sistema industrial-capitalista que sería emulado en todo el mundo⁸. Una industria textil artesanal, basada en el sistema de externalización y subcontratación de la producción, dependía de la masa de campesinos de los Peninos, cuyas parcelas subdivididas no les permitían vivir de la tierra. Al bastidor de hilado movido por agua introducido por Arkwright en 1771 le siguió rápidamente la tecnología de vapor de Watt: en 1800 había más de cincuenta máquinas de vapor en Manchester y Leeds. El trabajo infantil en las

⁷ *Ibid.*, pp. 4, 14.

⁸ *Ibid.*, p. 45.

plantas textiles se complementó con la inmigración procedente de la Irlanda británica. Sin embargo, Hazeldine aclara que el despegue industrial del norte fue impulsado de manera decisiva por las ambiciones geopolíticas de Londres: las *Navigation Acts* de la era de Cromwell prepararon el terreno para una agresiva expansión naval en el Caribe y más allá, al tiempo que la City londinense «canalizaba los bienes y los fondos del mundo a través de sus embarcaderos y sus contadurías». A finales del siglo XVIII, Liverpool albergaba la mayor parte de los barcos esclavistas británicos, que intercambiaban su carga humana por fardos de algodón de las plantaciones. Hazeldine es también inequívoco cuando habla del nivel de represión estatal desplegado para responder al descontento de la clase obrera. En 1811, según se afirma, el gobierno de Lord Liverpool envió doce mil soldados para sofocar los disturbios luditas. Ocho años después, la mayor parte de los muertos y heridos en Peterloo eran tejedores, hilanderos, sombrereros y zapateros. Con la ley de 1832 conocida como la *Reform Bill*, la facción de los *whigs* «cauterizó el malestar general por la vía de admitir a las clases medias en la Constitución»⁹.

Hazeldine sostiene que el norte ha sido la plataforma de lanzamiento de tres intentos sucesivos de desafiar la hegemonía del régimen de capital financiero terrateniente, cuya sede está en el sur. El primero fue el cartismo. Aunque los Seis Puntos de la Carta (entre ellos, el sufragio universal masculino, los parlamentos anuales y la igualdad de las circunscripciones electorales) fueron redactados por el ebanista londinense William Lovett y la petición nacional se lanzó desde Birmingham, Hazeldine argumenta de forma convincente que la fuerza del movimiento residía en los operarios y trabajadores industriales del norte, que acudían en masa a los páramos para acudir a las grandes reuniones de la National Charter Association, lanzada en Manchester en una asamblea presidida por el tejedor de telares mecánicos James Leach. El *Northern Star*, con sede en Leeds, fue el responsable de dar voz y dirección al cartismo, que a su vez fue atacado con saña por *The Manchester Guardian*. En 1842, en medio de un creciente malestar económico, la «insurrección de Manchester» (Carlyle) llamó a una huelga general hasta que la Carta se convirtiera en la ley del país. Una vez más, el gobierno de Peel envió tropas a las ciudades fabriles. Algunos cartistas fueron fusilados y cientos más condenados al destierro. El hambre y la represión surtieron efecto. El gigantesco mitin de Londres de 1848 resultó ser el canto del cisne del cartismo¹⁰.

⁹ *Ibid.*, pp. 47-49, 53-55, 61.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 62-66.

Después de la derrota de la Carta, la política obrera del norte se encauzó en una dirección cada vez más reformista: el movimiento cooperativo y los ayuntamientos. La muerte del cartismo ha sido descrita como «el momento de la retirada del proletariado (inglés), que a partir de entonces quedó atado en cuerpo y alma al carro triunfal de la burguesía»¹¹. Durante la Guerra civil estadounidense, es cierto, los trabajadores del norte de Inglaterra se negaron a tejer con algodón recogido por los esclavos confederados, añadiendo con ello un piquete urbano al bloqueo atlántico de la Unión. (*The Manchester Guardian* instó a los trabajadores a que abandonaran el embargo, mientras se decía que había más banderas confederadas adornando el río Mersey que en la propia Virginia). En 1868, sin embargo, la ampliación del sufragio a los hombres que pagaban impuestos llevó a los votantes de la clase trabajadora del norte a apoyar a una serie de diputados *tories* y liberales, mientras que, por otro lado, la campaña de Disraeli contra el «papismo» tuvo un gran impacto. «Una vez más, el proletariado se ha hecho un enorme daño a sí mismo», escribió Engels a Marx. «Bolton, Preston, Blackburn..., prácticamente no hay más que conservadores. En todas partes el proletariado es la escoria de los partidos oficiales»¹². La clase obrera industrial inglesa fue la primera en su género; al igual que el capitalismo inglés, portaba en sí todas las maldiciones del desarrollo temprano de la nación.

El segundo desafío del norte en pugna por la hegemonía, de acuerdo con la lectura de Hazeldine, fue el liberalismo manchesteriano de Cobden y Bright. La *Anti-Corn Law League*, lanzada en 1839, se basaba directamente en «el interés del algodón». La campaña fue dirigida por Cobden como una campaña política insurgente de la libre empresa contra «el monopolio político de los grandes terratenientes», con panfletos, peticiones y mítines públicos. Pero, tal y como señala Hazeldine, la derogación de las llamadas *Corn Laws* también fue beneficiosa para los comerciantes y financieros de la City, ya que supuso un aumento del comercio internacional, mientras que los ingresos de los grandes terratenientes se extraían cada vez más de las rentas del suelo urbano y de las inversiones financieras. Sin embargo, aunque el norte logró ver satisfecha su demanda económica (Peel derogó las *Corn Laws* en 1846), su impacto político fue mínimo. Cobden se lamentaba de que sus compañeros

¹¹ Theodore Rothstein, *From Chartism to Labourism: Historical Sketches of the English Working Class*, Londres, 1929. Rothstein (1871-1953) fue un periodista marxista lituano de nacimiento asentado en Londres, miembro fundador del Partido Comunista de Gran Bretaña en 1920 y más tarde embajador soviético en Irán.

¹² T. Hazeldine, *The Northern Question: A History of a Divided Country*, cit. p. 80.

propietarios de fábricas se enorgullecieran de ser «los siervos de una aristocracia de pacotilla», contentándose con seguir siendo, como dice Hazeldine, un «complemento cívico» de la clase gobernante. En efecto, existía una auténtica confluencia de intereses entre los dos bloques de clase, dada la hostilidad que ambos compartían hacia el movimiento obrero organizado y la dependencia que tenían los industriales de los mercados coloniales. Como resultado de todo lo anterior, «el molde preindustrial de la política británica permaneció intacto, lo cual tuvo consecuencias fatídicas para el norte una vez que su situación comercial empezó a decaer»¹³.

Esa decadencia había comenzado ya en la década de 1880. En la segunda fase de la Revolución Industrial, basada en la expansión de la producción de bienes de capital, se formaron complejos industriales en los sectores de la industria pesada del hierro y el acero, la construcción naval y la ingeniería en torno a los puertos carboníferos del norte, complementados por una industria química pesada para la producción de sosa, jabón y vidrio. La maquinaria industrial se exportaba a distritos fabriles en rápido crecimiento en Alemania, Rusia y Japón. Aunque el norte seguía siendo un centro estratégico, cada vez más empresas trasladaban sus sedes sociales a Londres. La manufactura inglesa estaba perdiendo su ventaja comparativa internacional: Detroit y el Ruhr la habían alcanzado en términos de productividad tanto de la maquinaria como de la mano de obra. La City de Londres, desconectada de la industria nacional, invirtió en el extranjero, sobre todo en los ferrocarriles y en bonos del Estado de otros países. Mientras los rivales de Gran Bretaña se industrializaban, fue poco el capital que se destinó a actualizar la tecnología manufacturera del norte. Los automóviles, los electrodomésticos y la electrónica se concentrarían en las Midlands y el sudeste. Hazeldine lo resume así: «Para el norte, era un caso de “hasta aquí hemos llegado”: a partir de ahora tendría que arreglárselas con sus minas de carbón, sus fábricas textiles, sus acerías y sus astilleros del siglo XIX», sectores que, en la década de 1920, empleaban a la mitad de los trabajadores asegurados de la región¹⁴.

Aunque el norte suministró la reserva industrial que mantuvo a Gran Bretaña en el campo de batalla durante la Primera Guerra Mundial, la década de 1920 selló su destino. Montagu Norman emprendió desde el Banco de Inglaterra un despiadado intento de reiniciar la *belle époque*,

¹³ *Ibid.*, pp. 69-70.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 71-73.

sacrificando la industria del norte en el altar de la liquidez monetaria. Incluso el diputado *tory* de Bolton empezó a despotricar contra el patrón oro, que consideraba «un fetiche»: «no crea un metro de tela; no hace funcionar un solo telar o un solo huso». Pero para la City el control de los instrumentos de crédito resultó ser más importante. En la década de 1930, la gran deflación elevó el desempleo en el norte por encima de la cota del 20 por 100. Marchas del hambre llenas de rostros demacrados partieron de Jarrow, donde las industrias del acero y de la construcción naval se habían derrumbado. Mientras, en ese periodo de entreguerras, el sudeste suburbano disfrutaba del auge en la construcción de viviendas, impulsado por la expansión de la industria ligera¹⁵.

El arco laborista

Esto nos lleva al tercer contendiente hegemónico en liza en el desafío del norte del que hablaba Hazeldine: el Partido Laborista. Si bien es cierto que, según la clásica disección de Nairn¹⁶, la «cabeza» fabiana del partido estaba en Londres, su corazón (los miembros locales, inicialmente agrupados en el Independent Labour Party) y el músculo que pagaba las cuotas —el movimiento sindical— estaban fuertemente anclados en el norte, con puestos de avanzada en Escocia y Gales del Sur: tras las elecciones de 1906, el 40 por 100 de la cohorte parlamentaria laborista procedía de Lancashire. Las cosas no empezaron bien. En la década de 1920, como dice Hazeldine, las dos alas del movimiento laborista, la parlamentaria y la sindical, «se turnaron en busca del desastre por culpa de la timidez de sus líderes». En el efímero gobierno laborista de 1924, el ministro de Hacienda Philip Snowden declaró que su tarea consistía en resistir la totalidad de las demandas de gasto de sus colegas. En 1926, cuando los propietarios de las minas impusieron recortes salariales mediante los correspondientes cierres patronales, el Trades Union Congress respondió con un tibio llamamiento a la huelga general. El gobierno laborista de 1929 descartó un programa de obras públicas, mientras el desempleo se disparaba. Sus líderes, Snowden y Ramsay MacDonald, dimitieron para unirse a los *tories* en un gobierno de concentración nacional diseñado con el fin de recortar el subsidio de desempleo el 10 por 100 a fin de «equilibrar las cuentas a costa de los parados», en palabras de Hazeldine¹⁷.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 91, 92, 100, 106.

¹⁶ Tom Nairn, «The Nature of the Labour Party», *NLR* 1/27, septiembre-octubre de 1964 y *NLR* 1/128, noviembre-diciembre de 1964.

¹⁷ T. Hazeldine, *The Northern Question: A History of a Divided Country*, cit., pp. 93, 96-97, 103.

La aplastante victoria de los laboristas en 1945 apenas inclinó la balanza en favor de la región, tal y como explica Hazeldine. Centrado en el programa nuclear de la Guerra Fría y en el desarrollo del Estado del bienestar a escala nacional, Attlee permitió que el capital británico huyera al extranjero y no logró canalizarlo hacia el norte. La ideología «natopolita» (como la denominó Edward Thompson, aludiendo a la OTAN) ejerció desde el principio un fuerte control sobre los laboristas. En este panorama, observa Hazeldine, la cuestión del norte quedó relegada a la «política regional», lo que se traducía en «un modesto estímulo a la inversión del sector privado y a la creación de empleo». Para el gobierno de Attlee la prioridad absoluta era mantener la fortaleza de la libra esterlina. Los laboristas no ofrecieron ninguna alternativa planificada al callejón sin salida en que se había convertido la cuestión del desarrollo del norte. A falta de ello, la ley de Educación de 1944 ofreció vías de escape individuales. La expansión de la educación superior durante el periodo de posguerra contribuyó a apuntalar el extraordinario florecimiento cultural del norte a principios de la década de 1960: ficción, cine, teatro, periodismo y una pujante escena musical a orillas del Mersey. Pero, casi sin excepción, estos jóvenes músicos y escritores fueron contratados, publicados, interpretados y producidos en el «Swinging London»: «Penny Lane desde la más confortable Abbey Road»¹⁸. El traslado de la sede del antiguo *The Manchester Guardian* a Gray's Inn Road en 1964 fue todo un signo de los tiempos.

Solo a mediados de la década de 1960 se produjo un impulso *dirigiste* del Partido Laborista, que apuntó brevemente a dar la vuelta a la cuestión regional. Con vistas a las elecciones de 1964, Wilson recorrió el norte para denunciar que «la mala gestión económica» había frenado la expansión, «congestionando el sur mientras privaba al norte de inversiones». Un Departamento de Asuntos Económicos diseñaría la senda de crecimiento para el futuro y se elaboraría un Plan Nacional para «corregir la actual deriva hacia el sur y fortalecer las economías en declive de otras zonas de nuestro país» (una elipsis, esta última, reveladora). Sin embargo, las presiones de Washington y del Banco de Inglaterra pusieron rápidamente fin al experimento desarrollista del Partido Laborista. Tras infligir una deflación de choque, Wilson volvió a los subsidios al sector privado y a las modestas subvenciones municipales. «Una vez más –en palabras de Hazeldine– la economía nacional tendría que

¹⁸ *Ibid.*, pp. 116, 124.

soportar la tensión de los problemas en la balanza exterior»¹⁹. La de 1970 fue una década de transición que permitió algunas resistencias en el norte, donde hubo experimentos de autogestión local que trataron de convertir los conglomerados del sector privado en cooperativas de trabajadores, al tiempo que la *Alternative Economic Strategy* de Tony Benn prometía un nacionalismo económico no lastrado por artimañas administrativas. En 1974 los mineros de Yorkshire rechazaron el intento del gobierno de Heath de recortar su número. El gasto regional alcanzó nuevos máximos.

Una década después, Thatcher dio el golpe de gracia a la industria de la región. Mientras la City londinense se preparaba para el *big bang* de la desregulación, los cierres de los pozos de las minas allanaron el camino para la derrota de los mineros en 1985. La industria del norte «tiró la toalla», mientras Inglaterra comenzaba a londonizarse a un ritmo acelerado y los precios de la vivienda empezaban a dispararse. En la cultura popular de la década de 1980, un sur «forrado de dinero» se contraponía a un norte que imploraba: «¡dadnos curro!»²⁰. Elegido para salvar las divisiones regionales de Gran Bretaña, el Nuevo Laborismo supervisó la desregulación de la City y condenó al sector manufacturero a una depresión perpetua. Las alabanzas a un Manchester «vibrante», al estilo de los Beatles, difícilmente podían camuflar el hecho obstinado de la decadencia. Lo mejor que Brown pudo ofrecer fueron créditos fiscales y promesas para atraer a los promotores privados a las ciudades del norte. La actitud del Nuevo Laborismo hacia los votantes del norte la ejemplificó bien Peter Mandelson, cuando dijo que seguirían votando al Partido Laborista, porque «no tienen otro sitio a donde ir».

A principios de la década de 2000 ya se apreciaban signos de deserción del Partido Laborista. Los funcionarios locales señalaron la caída en picado de los miembros del partido en los distritos del norte y el creciente enfado con la identidad flagrantemente metropolitana del Nuevo Laborismo. En lugar de hablar de redistribución, Blair mencionaba las subvenciones regionales incluidas en el paquete de Lisboa de la UE. Sin embargo, estas no hicieron más que, por un lado, hipertrofiar la «industria ligada al patrimonio histórico» y, por el otro, propiciar un modelo de sector servicios

¹⁹ *Ibid.*, pp. 132, 133.

²⁰ «[...] the “loadsamoney” South was pitted against the North’s “gizzajob”». Respectivamente, el *single* de Harry Enfield «Loadsamoney (Doing Up the House)» y la serie de televisión de Alan Bleasdale, *Boys from the Blackstuff*.

que convierte a la isla en empleadora en última instancia de trabajadores precarios de la UE. El descontento se agudizó con el estallido de la burbuja financiera que habían inflado Blair y Brown, seguido de los rescates de la City londinense en medio de una severa austeridad para el norte. La cuestión del Brexit, escribe Hazeldine, dio a una clase y a una región el arma política que la hegemonía laborista le había negado durante demasiado tiempo. En el referéndum de junio de 2016, el norte la utilizó consecuentemente para lanzar una dura reprimenda a Westminster, así como a Bruselas. Los laboristas de Corbyn cometieron un «suicidio electoral» al insistir en un segundo referéndum, abandonando su antigua región vital a los conservadores de Johnson, que defendieron su promesa —«*get Brexit done*»— de llevar el Brexit a término²¹. En diciembre de 2019, los votantes laboristas rompieron filas por segunda vez y dinamitaron el «muro rojo» del norte. La oleada corbynista no había conseguido zafarse del profundo sesgo metropolitano del país: al norte del río Trent, aunque los votantes jóvenes de las grandes ciudades universitarias se movilizaron por Corbyn, las viejas ciudades industriales y los antiguos distritos carboníferos se decantaron por los conservadores. Los autobuses repletos de miembros laboristas que se desplazaron desde Londres a Yorkshire y Lancashire para hacer campaña para las elecciones de 2019 no pudieron revertir ese destino. Tal y como lo describió Owen Hatherley, los dos electorados, el del norte y el del sur, habitaban mundos vitales divergentes de desigualdad neoliberal²².

«The North will rise again» [«El norte se volverá a levantar»], profetizó en 1980 Mark E. Smith, del grupo The Fall. En retrospectiva, la canción se lee como una premonición inquietante de las ondas de choque que los votantes del norte enviarían a través de la burbuja de Westminster a finales de la década de 2010²³. ¿Con qué fin? Al otorgar al gobierno de Johnson otros cinco años, los votantes del norte parecen haber abandonado el proyecto de contrahegemonía, uniéndose al régimen burgués-aristocrático del sur. Tal y como admite Hazeldine, se antoja

²¹ T. Hazeldine, *The Northern Question: A History of a Divided Country*, cit., p. 220.

²² Owen Hatherley, «El gobierno de Londres», *NLR* 122, mayo-junio de 2020.

²³ Como señaló Mark Fisher, el protagonista de la canción de Smith pretendía devolverle al norte una gloria no especificada: «Tal vez a su momento victoriano de supremacía económica e industrial; tal vez a una preeminencia más antigua, o tal vez a una grandeza que eclipsase todo lo anterior. Más que una mera protesta regional contra la capital, en la visión de Smith el norte representa todo lo que el buen gusto urbano suprime: lo esotérico, lo anómalo y lo vulgar-sublime, es decir, lo extraño y lo grotesco», Mark Fisher, *The Weird and the Eerie*, Londres, 2016, pp. 36-37.

difícil pensar en un desenlace feliz para el norte, pues «todo el peso de la historia inglesa y casi todos los intereses creados del país» conspiran contra ello. Sin embargo, la región sigue siendo relevante para el país en su conjunto. En la actualidad, el norte representa una cuarta parte de la población y de los escaños parlamentarios del Reino Unido, pero solo una quinta parte de su PIB. El poder continuado del nexo City-Whitehall demuestra que la distribución de la actividad económica en una isla pequeña es, en última instancia, una cuestión política, según escribe Hazeldine. El descontento en Escocia e Irlanda del Norte puede suponer una amenaza más real para la integridad territorial del Reino Unido a día de hoy, pero –y aquí Hazeldine se hace de nuevo eco de Nairn– por debajo de las «crisis superficiales» de estancamiento económico y nacionalismo periférico yace «un desequilibrio generalizado en términos de clase, de nación y de región». El problema del norte no va a desaparecer pronto²⁴.

En el espejo belga

The Northern Question: A History of a Divided Country combina un profundo conocimiento de la historia económica británica y de la política de poder de Westminster con una comprensión empática pero sobria de las sensibilidades regionales del norte. Aunque *trate* sobre una región, el libro de Hazeldine no es regionalista y mucho menos separatista. En lugar de asomarse a la ciudadela de Westminster mirando por encima del Trent, el libro trata la cuestión del norte para hacer una lectura telescópica del propio capitalismo británico: «un reflejo geográfico de cómo se gobierna Gran Bretaña y para quién». En este sentido, el panorama del desarrollo desigual y combinado, visto desde el norte de Inglaterra, no solo nos dice algo sobre el Reino Unido, sino sobre el mundo capitalista avanzado en su conjunto. Como ha señalado David Harvey, «el capitalismo es un desarrollo geográfico desigual»²⁵. Pero, ¿cómo contrastamos esta hipótesis? ¿Y qué aspecto tiene el norte de Hazeldine desde una perspectiva comparativa?

Al otro lado del canal de la Mancha, Bélgica fue el segundo país, después de Gran Bretaña, en experimentar una precoz revolución industrial. El proceso fue en parte impulsado por las transferencias de capital efectuadas

²⁴ T. Hazeldine, *The Northern Question: A History of a Divided Country*, cit., pp. 220-222.

²⁵ David Harvey, *Spaces of Global Capitalism*, Londres y Nueva York, 2006, p. 115 [ed. cast.: *Espacios del capitalismo global. Hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*, Madrid, 2021], citado en T. Hazeldine, *The Northern Question: A History of a Divided Country*, cit., p. 1.

desde el norte de Inglaterra: el herrero y fabricante de herramientas de Lancashire William Cockerill llegó a Lieja en 1799, cuando los Países Bajos del Sur, que antes habían sido posesión de los Habsburgo, se hallaban anexionados a la República Francesa bajo Napoleón. Cockerill se percató de que las condiciones sociales para mecanizar la industria de la lana de Verviers no eran muy diferentes de las de su país. Su hijo John Cockerill amplió la empresa familiar de construcción de maquinaria hasta convertirla en una enorme siderurgia en la cuenca de Seraing, convirtiendo el pequeño Estado tapón napoleónico en un líder mundial en la producción de acero.

Como De Gaulle diría más tarde en tono de broma, el Reino de Bélgica fue siempre un país «creado por los británicos para molestar a los franceses». En 1815, los Países Bajos del Sur (mayoritariamente católicos) fueron cedidos al monarca holandés (protestante) por el Congreso de Viena, pero los radicales de Brabante se alzaron contra el gobierno holandés en 1830, con el apoyo tácito del clero y de la nobleza terrateniente. Al calor de la revuelta de 1830, el gabinete de Palmerston diseñó el nuevo Estado como una réplica perfecta del modelo de Westminster, instalando en el trono belga, como su primer rey, al tío de la futura reina Victoria. En Bélgica el bloque gobernante también aunaba a una rica clase aristocrática terrateniente y a estamentos industriales en ascenso, estrechamente unidos en torno a una casa real *arriviste* que pronto se pavoneó de un imperio en el Congo basado en la extracción de materias primas. El parecido con Gran Bretaña era pues notable, si bien las elites belgas, acostumbradas a oponerse al absolutismo externo, siempre toleraron un grado mayor de autonomía provincial y municipal. Como señaló Marx, Bélgica era «el pequeño paraíso, bien protegido, del terrateniente, del capitalista y del cura».

El desarrollo del capitalismo belga del siglo XIX también ofrecía, a modo de microcosmos, un paralelismo con las profundas divisiones regionales de su vecino insular. El enclave burgués de Europa occidental estaba dividido lingüísticamente entre un norte pobre y agrario de habla neerlandesa –la provincia de Flandes, con su puerto de Amberes en el estuario del Mar del Norte– y la provincia meridional industrializada y francófona de Valonia, que miraba al sur y al este, hacia Francia y Alemania. Al igual que el norte inglés, el sur belga se convirtió en un paisaje de chimeneas de fábricas de acero, plantas textiles y minas, el llamado «surco industrial» del valle del Sambre-Mosa, que se extiende

desde las cuencas carboníferas del Borinage hasta Charleroi, Lieja y Verviers. Mientras, la gran zona agrícola del interior de Flandes, poblada por familias campesinas y sus talleres domésticos ubicados en los propios hogares, era el equivalente a la colonia interior irlandesa de Gran Bretaña. En la década de 1840 la industria textil belga se derrumbó ante la competencia internacional en medio de una hambruna de la patata de proporciones irlandesas, que provocó el éxodo de cientos de miles de campesinos empobrecidos de la campiña flamenca hacia las minas y fábricas de Valonia. Allí, los hijos de los inmigrantes crecieron como francófonos, abandonando sus raíces neerlandófonas. En 1904, Rosa Luxemburg hablaba todavía de unos trabajadores flamencos «desposeídos *también* de su propia lengua».

El capital industrial de Valonia nunca tuvo un origen local. Por el contrario, fue promovido desde las espléndidas villas de la Bruselas francófona por financieros y terratenientes, que operaban por medio de *holdings* empresariales estructurados a través de gigantescos bancos de inversión. Bruselas había sido un centro administrativo bajo los Habsburgo, bien dotado de abogados y banqueros. Al igual que Londres, era una ciudad esencialmente cosmopolita, con la mirada siempre vuelta hacia el exterior. Los flujos internacionales de capital que la envolvían determinaban que sus compromisos primordiales fueran con deudores extranjeros en lugar de con los trabajadores de su propio territorio. Estos atributos también hacían de la Bruselas francófona una especie de *Fremdkörper*, un cuerpo extraño ubicado dentro de un norte neerlandófono que supervisaba un sur en rápida industrialización, de tal modo que tanto el norte como el sur eran territorial o lingüísticamente distintos de la capital belga. El desarrollo capitalista no hizo sino agravar este estatus de *outsider*. Mucho más que Londres, Bruselas se caracterizaría por la ausencia de una industria manufacturera y, por consiguiente, de proletariado urbano. En cambio, tal y como señala el historiador nacionalista flamenco Antoon Roosens, la alta concentración de consumidores burgueses y pequeñoburgueses hizo que la capital fuera, «con gran diferencia, el mercado más importante del país para todos los productos industriales terminados». Esta «composición social anormal» también explica el provincianismo persistente de la ciudad, poblada por ciudadanos que habían «hecho de la mimesis burguesa su modo de pensar y de vivir»²⁶. Al ser

²⁶ Véase Antoon Roosens, *De Vlaamse kwestie: «pamflet» over een onbegrepen probleem*, Lovaina, 1981; sigue siendo el mejor estudio a escala nacional de la cuestión flamenca desde una perspectiva marxista. Para un relato de la vida de Roosens,

más un centro administrativo que una megalópolis, Bruselas carecía de los «cinturones rojos» que dieron a los suburbios de París y Londres su radicalidad municipal (aunque fue en Bruselas donde Marx escribió el *Manifiesto Comunista* en 1847).

Como en el caso de Gran Bretaña, la ventaja que había supuesto la temprana industrialización de Bélgica se convirtió en una desventaja en la década de 1900. Al igual que el norte de Inglaterra, Valonia se vio superada por el surgimiento de los centros manufactureros más dinámicos de la cuenca del Ruhr y de otros lugares. Después de 1914, el declive belga se aceleró precipitadamente: la Primera Guerra Mundial trajo consigo la devastación, agravada luego por la Gran Depresión y la ocupación nazi. En la posguerra, la posición de Bélgica era aún más débil que la de Gran Bretaña, dado que contaba con un mercado interno mucho más pequeño y expuesto. Sin embargo, fue en ese preciso momento cuando las trayectorias de las dos economías se distanciaron la una de la otra, lo cual tuvo importantes consecuencias para sus respectivas regiones. En este punto intervienen una serie de factores. En primer lugar, mientras los líderes británicos luchaban por mantener los privilegios imperiales del Reino Unido en el mundo, las elites políticas belgas estaban mentalizadas para un nuevo comienzo. Ante la amenaza de la competencia internacional, se daban cuenta de que una pequeña economía en el centro de Europa solo podía sobrevivir como punto de tránsito abierto para las economías vecinas. Churchill y Eden se contentaban con ver la integración europea desde lejos, jactándose de la relación especial del Reino Unido con Washington. Con su resaca imperial, Gran Bretaña nunca produjo un equivalente a Paul-Henri Spaak, que desempeñó un papel central en la redacción del Tratado de Roma y consiguió que tanto la Comunidad Europea como la OTAN tuvieran su sede en Bruselas. A diferencia de De Gaulle, Spaak se propuso enganchar a su país a la integración europea sin enfadar al aliado estadounidense, dejando claro que Bélgica nunca plantearía construir un polo rival de Washington, sino todo lo contrario²⁷. La europeización y la modernización interna iban entonces de la mano.

véase Jelle Versieren, *De politieke biografie van Antoon Roosens, 1929-2003: tussen natie en klasse*, tesis doctoral inédita en la Universidad de Gante, 2008.

²⁷ Se rumorea que Spaak, más tarde secretario general de la OTAN, estuvo en la nómina de Estados Unidos durante su exilio en la Segunda Guerra Mundial, lo que llevó a Marcel Liebman (junto con Ernest Mandel, uno de los pensadores marxistas más importantes de Bélgica) a calificarlo como «uno de los personajes más nefastos de la historia belga contemporánea». Véase Marcel Liebman, «Paul-Henri Spaak (1899-1972), ou la politique du cynisme. Éléments pour une étude biographique», en *Entre histoire et politique: dix portraits*, Bruselas, 2006, pp. 151-177.

De manera inesperada, la región flamenca cosechó los principales frutos de esta estrategia de modernización. Un plan decenal reequipó el puerto de Amberes para satisfacer las necesidades de las multinacionales estadounidenses. Pronto superó su condición de mero puerto de tránsito, levantando toda una periferia de plantas de ensamblaje y complejos industriales ligeros en torno a los muelles para terminar y embalar las mercancías estadounidenses con destino al interior del continente. Al mismo tiempo, apoyándose en su pivote marítimo, los responsables políticos flamencos fueron capaces de convertir la región en una potencia exportadora para un ávido vecino alemán. A diferencia de su homólogo irlandés, Flandes no se contentó con ser un simple refugio para el capital extranjero. Lejos de ello, la elite flamenca puso en marcha un ambicioso plan de desarrollo de una economía del conocimiento para Europa Occidental, preparando a una mano de obra poco cualificada para la era de la producción de alto valor añadido. Las industrias petroquímicas fueron respaldadas por un sistema universitario dirigido por el Estado, al que se sumaron grupos de investigación de categoría mundial en el ámbito de la bioingeniería y las ciencias médicas.

En la década de 1960, la divergencia anglo-belga era ya evidente. Entre 1950 y 1985, las tasas de crecimiento de Bélgica fueron el 50 por 100 más altas que las del Reino Unido, impulsadas principalmente por el moderno desarrollo de la industria ligera situada en torno a Amberes y ayudadas por la maquinaria reguladora de Bruselas. Cuando las tasas de crecimiento del Reino Unido se recuperaron entre 1985 y 2008, la expansión se concentró en el sudeste, impulsada por la expansión financiera propensa a la crisis y la inflación de los precios de los activos. Aquí radica otro contraste: el papel desempeñado por Londres en la división norte-sur de Inglaterra no tuvo paralelo en Bélgica. En primer lugar, porque Bruselas nunca ha sido parte orgánica de ninguna de las dos regiones: desde Valonia se la considera como una ciudadela de explotadores industriales, mientras que para Flandes es una mera «mancha de aceite» de *francophonie*. En este sentido, Bélgica nunca pudo ser «bruselizada» a la manera en que el Reino Unido se había «londonizado». Por el contrario, Bruselas tuvo que presenciar cómo su rival, Amberes, crecía como centro empresarial multinacional, mientras ella se convertía principalmente en una ciudad proveedora de servicios de regulación que ayudaba a las empresas estadounidenses a navegar por la CEE. En segundo lugar, mientras la City londinense se expandía sin cesar gracias al comercio de eurodólares, la retirada de la antigua burguesía financiera belga de la posguerra hizo que

Bruselas perdiera importancia como centro financiero. A diferencia del Reino Unido, Bélgica fue capaz de sacar de la escena a una clase rentista redundante e iniciar una nueva trayectoria de desarrollo.

Divisiones regionales

¿Y qué hay de Valonia? En 1960-1961, impulsado por una oleada de huelgas masivas, creció el apoyo a un movimiento regionalista de ruptura como era el propuesto por el carismático líder metalúrgico André Renard. El apoyo de los flamencos, ante la diametral oposición de Valonia, al regreso en 1950 del rey Leopoldo III, colaborador con los nazis, contribuyó a hacer del norte flamenco un verdadero lastre para las ambiciones socialistas del sur. En lugar de aceptar la cohabitación con Flandes en una casa custodiada por la burguesía belga, el proletariado de Valonia debía idear un plan de fuga. La fuga debía ser tanto económica como política, con la vista puesta en la autonomía para las dos comunidades lingüísticas del país y en una socialización de la industria en el sur. Aunque nunca fueron una fuerza mayoritaria en el Parti Socialiste (PS), los renardistas sí lograron reunir a una vital y animada cohorte en favor de su «socialismo en una sola región».

Sin embargo, al poco tiempo, el sector siderúrgico más antiguo de Europa se vio afectado por las consecuencias de la sobrecapacidad existente a escala mundial a lo cual vino a sumarse la pérdida del Congo en 1960. De repente, ya no quedaba ninguna industria que nacionalizar. A principios de la década de 1970, los seguidores de Renard se quedaron con un paisaje industrial desecado, apenas irrigado por las arcas del Estado. Entretanto, en 1968 los estudiantes flamencos, siguiendo la estela de las protestas de sus homólogos parisinos, exigieron el fin del dominio francófono en la institución académica más antigua del país, la Universidad Católica de Lovaina. La regionalización continuaba a velocidad de crucero, pero no precisamente en beneficio del sur. Al contrario: Lieja y Charleroi se convirtieron en los templos en ruinas de la industria belga, como un Manchester sin mar y un Pittsburgh en el Mosa.

Estos acontecimientos dieron el último empujón al modelo de Estado unitario, la tambaleante *Belgique à papa*²⁸. A partir de 1970, la vieja

²⁸ Véase André Mommen, *De teloorgang van de Belgische bourgeoisie*, Lovaina, 1982; se trata del mejor análisis histórico a largo plazo de la formación de la clase dirigente belga.

guardia belga relajó su control sobre el Estado unitario y puso en marcha una serie de reformas para regionalizar y descentralizar el sistema político. Se establecieron tres comunidades lingüísticas oficiales –el neerlandés (59,6%), el francés (40%) y el alemán (0,4%)–, a través del *talentelling* (recuento lingüístico). Con el tiempo, cada comunidad lingüística se dotaría de un consejo encargado de la educación. Las tres regiones políticas –la Región de Bruselas-Capital, Flandes y Valonia– adquirieron parlamentos propios. Se estableció un intrincado sistema de transferencias financieras (conocido despectivamente como *centenfederalisme* o «federalismo dinerario» entre los nacionalistas flamencos) en virtud del cual las regiones y comunidades recibirían la mayor parte de sus presupuestos del gobierno central. Paso a paso, durante las décadas de 1980, 1990 y 2000 se pusieron en marcha nuevas instituciones y se modificó la Constitución para definir a Bélgica como «un Estado federal compuesto por comunidades y regiones».

Los dirigentes de Valonia decidieron nadar con la corriente. Durante los años de crisis de la década de 1970 hurgaron en el cadáver del Estado unitario y consiguieron fondos de emergencia para Valonia. Para entonces estaba claro que el centro de gravedad de la economía belga se había desplazado drásticamente hacia el norte: dos polos económicos –el delta portuario en torno a Amberes y una metrópoli bruselense que acogía a los grupos de presión en la creciente burocracia de la UE– habían sustituido a los centros industriales del sur. El cambio dejó atrás a una Valonia que disponía de su capacidad de autodeterminación, pero que, por sí misma, no tenía ya mucho que determinar. Las sucesivas generaciones de socialistas valones vacilaron entre el unionismo performativo desde el gobierno para asegurar los ingresos de su región y un regionalismo asertivo cuando se encontraban en la oposición²⁹. La tendencia flamenca a las estrategias de exportación, junto con el poder de voto del norte, marginaron aún más la tendencia renardista. En la década de 1980, el líder socialista valón André Cools trató de contrarrestar el declive regional promoviendo sistemas de reparto municipal, los conocidos como *intercommunales*: los ayuntamientos locales podían gestionar conjuntamente los servicios públicos y salvaguardar de esta forma las conquistas del país en términos de políticas de bienestar³⁰.

²⁹ Según la formulación del periodista Rik Van Cauwelaert.

³⁰ Cools fue asesinado en 1991, cuatro meses antes de las elecciones del llamado «Domingo negro», en las que la extrema derecha flamenca rompió por primera vez el techo electoral. Dos compinches de la mafia siciliana fueron detenidos posteriormente y acusados de ser los asesinos de Cools. En 2017, el llamado caso «Publifin» sacó a relucir la corrupción generalizada en el PS de Valonia, que supuestamente habría utilizado las *intercommunales* del país como fuentes de dinero clientelar.

Aquí había otra diferencia entre la situación posindustrial de Valonia y la del norte de Inglaterra. En comparación con la ofensiva de Thatcher, la medicina neoliberal administrada por su admirador belga Wilfried Martens fue relativamente suave. El líder del Partido Católico fue frenado en parte por la fuerte oposición del ala sindical democristiana. El federalismo contribuyó ciertamente a amortiguar el golpe, aunque más bien a través de una especie de astucia hegeliana de la *sinrazón*: la configuración bizantina de Bélgica ha dado a los socialistas francófonos poder de veto frente al impulso neoliberal de un norte orientado a la exportación a pesar de la mayor fuerza de voto de este último. Como los conservadores belgas no llegaron nunca a contar con una mayoría unicameral *à la* Thatcher, fue mucho más fácil mantener las estructuras corporativas de Bélgica (como son el control sindical de los fondos de la Seguridad Social, la negociación colectiva obligatoria, la indexación salarial y los generosos sistemas de aseguración). En un país pequeño y con una clase trabajadora relativamente bien organizada (en 2019 la afiliación sindical superaba el 50 por 100), algo análogo a la *blitzkrieg* de Thatcher contra los mineros nunca fue una posibilidad en la práctica. Por otro lado, a diferencia de lo que sucedía en Italia o en Francia, las elites belgas no estaban predispuestas a instrumentalizar a la UE como pretexto para aplicar políticas capitalistas bajo mano. Esa opción requería de las elites un grado de clausura y hermetismo que el pugnaz bloque gobernante belga nunca pudo alcanzar.

Flandes se convirtió en el legatario más afortunado de la partición regional de Bélgica. Al fusionar las instituciones de la «comunidad» flamenca con las de la «región» de Flandes, logró la devolución parlamentaria plena en 1995. Para los flamencos, la casa belga ha sido *uitgeleefd*, es decir, amortizada, superada. Como en cualquier disputa separatista, el «debate sobre las transferencias» sigue estando plagado de rencillas; en 2005, los nacionalistas flamencos condujeron un camión lleno de billetes de euro falsos hacia el sur de su frontera lingüística. El hombre que pergeñó aquella trepa publicitaria, Bart De Wever, es hoy alcalde de Amberes. En su defensa de los intereses exportadores de la ciudad ha sido algo menos histriónico que entonces, pero tampoco mucho. Hasta ahora no ha habido una clase capitalista flamenca unificada regionalmente que haya podido cohesionar esta transición³¹. Tanto el puerto

³¹ Véase Matthias Lievens, «De Vlaamse bourgeoisie: 1 & 2», *Lava*, octubre-diciembre de 2020, y Vincent Scheltiens, *Met dank aan de overkant: een politieke geschiedenis van België*, Amberes, 2017, que constiuyen dos destacados análisis recientes de esta

de Amberes como la región metropolitana de Bruselas son ámbitos en los que las empresas extranjeras llevan la voz cantante, «asistidas» por las autoridades flamencas y locales. Los intentos de dotar al proyecto separatista flamenco de una profundidad político-económica real siguen siendo, por decirlo suavemente, desalentadores, no siendo en su mayor parte más que artimañas para normalizar a la extrema derecha de la región. No obstante, las visiones de un neoliberalismo regionalmente enraizado han venido disfrutando de un resurgimiento desde 2010 con el ascenso del partido pro libre mercado N-VA (Nieuw-Vlaamse Alliantie, o Nueva Alianza Flamenca), que es actualmente el partido dominante en Flandes bajo la dirección del mencionado Bart De Wever. En su línea gradualista (primero el confederalismo y luego la plena independencia), la N-VA es sin duda la formación separatista más ruidosa. El otro contendiente, Vlaams Belang, siempre ha mantenido una línea más chovinista, que propone ahorrar dinero manteniendo a los extranjeros fuera.

¿Lecciones del norte?

Los norteños ingleses tienen sin duda motivos para envidiar a sus primeros valones. Unos y otros comparten el mismo destino posindustrial, pero la desindustrialización belga ha tratado a sus clases trabajadoras de forma más justa y menos punitiva que la inglesa. El clientelismo valón se ha revelado menos financiarizado, mientras en Valonia las viviendas sociales han mantenido un ritmo de crecimiento constante. En cambio, la venta de las viviendas municipales que Thatcher concedió en su día a los antiguos trabajadores de las fábricas del norte ha sido, para muchos, un factor clave para explicar el voto por el Brexit. Desde luego, la Bélgica contemporánea no es un edén corporativista que no se haya visto afectado por la deriva del mercado, pero se ha sabido defender frente a muchas de las tendencias que han marcado al mundo desarrollado y su coeficiente de Gini se ha comportado mejor que el de otros países de industrialización temprana.

Sin embargo, no hay que exagerar las divergencias anglo-belgas. La regionalización no ha sido ninguna bendición para el sur de Bélgica. Si bien es cierto que Gran Bretaña cuenta con seis de las diez regiones más

cuestión. Después de Paul Dirx, *La concurrence ethnique. La Belgique, l'Europe et le néolibéralisme* [2012], el libro de Scheltiens –cuyo título se traduce como «Con agradecimiento hacia el otro lado»– ofrece el equivalente belga más cercano a Hazeldine, al mostrar cómo las disputas históricas entre valones y flamencos sirven principalmente para canalizar las tensiones nacionales de clase.

pobres del noroeste de Europa, las regiones valonas de Hainaut, Lieja y Charleroi no están mucho mejor. Y si el sur de Yorkshire está a solo a unas horas del centro de Londres –que es todavía el distrito más rico de Europa–, Lieja también está muy cerca de Luxemburgo. La federalización ha ayudado a Valonia, pero no la ha salvado. El cine de los hermanos Dardenne, centrado en la «pobreza» más que en la clase social, ofrece un respaldo estético al proyecto del PS de gestión regional de la pobreza mediante fondos federales para un sur que ha renunciado a las esperanzas de reindustrialización. Los films de los Dardenne, desde *Rosetta* a *Dos días, una noche* y *La chica desconocida*, contrastan fuertemente con los enfrentamientos de clase que se describen en el electrizante documental de 1934 *Misère au Borinage*, de Henri Storck y Joris Ivens.

Los neoliberales flamencos mantienen la esperanza de una ruptura separatista en clave de libre comercio y que el «mejor alumno de la clase belga» florezca junto a sus rivales de Polonia o Letonia. Sin embargo, todo es en vano: en pleno 2021 el Estado belga sigue aquí, gestionando malamente, pero gestionando al fin y al cabo, la crisis de la COVID. Hay que decir que la respuesta regional a la pandemia ha sido tan caótica como la federal. Bajo la llamada crisis «comunitaria» de Bélgica se esconde una crisis que no solo es sanitaria o logística, sino que es ante todo *política*, y que afecta de lleno a la democracia de los partidos de Bélgica hasta su raíz. Los memorandos filtrados recientemente sobre las negociaciones gubernamentales de 2019 dejaban constancia de la voluntad de los socialistas francófonos de repartir entre las regiones no solo la seguridad social, sino también las políticas del mercado de trabajo y los servicios de bomberos. Con la esperanza de asegurar sus baronías en Bruselas gracias a una concesión final, el PS parecía dispuesto a comerciar con los logros nacionales del movimiento obrero belga.

A continuación se plantean algunas preguntas difíciles. Tal y como muestra el ejemplo de Valonia, tras la regionalización se oculta una cuestión de más calado, que es la de la inversión de capital. El norte inglés nunca adquirió una forma protoestatal que le permitiera practicar una política de desarrollo propiamente local, sino que, en su lugar, se vio forzado a recurrir a una forma amorfa de rebelión en el seno de una intrincada geografía electoral, que nunca proporcionó una plataforma para la conciencia regional. Sin embargo, una mirada a las regiones posindustriales que sí obtuvieron esta forma de estatalidad no es tampoco reconfortante. En 2016, el primer ministro valón y líder del Partido Socialista, Paul Magnette,

se ganó las alabanzas de la izquierda europea por su rebelión en el parlamento federal contra la imposición del acuerdo comercial neoliberalizador entre la UE y Canadá. Este acto de resistencia escondía una dependencia estructural de la región valona de las transferencias flamencas, que han crecido exponencialmente tras la federalización. El problema de fondo es, en este sentido, el declive secular de la industria valona, excluida del *boom* de las exportaciones centroeuropeas liderado por Alemania e incapaz de sacar provecho del proceso de «containerización».

En el Reino Unido, la debacle del Partido Laborista en las elecciones de 2019 provocó el resurgimiento de los llamamientos en favor de la representación proporcional y de las convenciones constitucionales, todo ello unido al aumento de la conciencia regional. Fiel a la tradición laborista, el movimiento de Corbyn siempre indicó su voluntad de jugar dentro de los parámetros del sistema de Westminster. El rapapolvo de aquel diciembre de 2019 sí consiguió agrietar este consenso. Según tuiteó entonces Owen Hatherley, los socialistas, «obsesionados con arreglar la constitución británica», ya no parecían simplemente «exacadémicos marxistas que han renunciado al socialismo por juzgar más conveniente la política burguesa del siglo XIX», sino que esta vez, de hecho, quizá «tenían razón». El creciente apoyo a la independencia de Escocia, reforzado por el «Brexit duro» de Johnson, ha sacado a la luz del día la cuestión de una entidad política para la Inglaterra remanente. Ante este dilema, el libro de Alex Niven *New Model Island* (2019) ha promovido el regionalismo socialista como el «gigante dormido» que surgirá para reconfigurar el Reino Unido, actuando a la vez de antídoto contra las «vagas reminiscencias de los nacionalismos de la Edad Media» (por ejemplo, Escocia) y de argumento contra la «estrechez inglesa», también conocida como «ensoñación cultural de un orden neoliberal», que opera como una negación de las esperanzas y los sueños más radicales³².

Los sueños de un 1848 británico resurgen aquí al hilo de una alianza interclasista entre cartistas y cobdenistas, que entierran conjuntamente el viejo orden. Pero la experiencia de Valonia sugiere que la federalización democrática podría simplemente dejar al descubierto la impotencia del norte, la debilidad de un gobierno regional sin más alternativa que acudir a mendigar migajas a la distante mesa de Westminster. Después de todo, ¿qué recursos hay para expropiar? ¿Qué activos se pueden gravar? Y, mirando aún más hacia el norte, ¿qué pozos de petróleo hay que se puedan

³² Alex Niven, *New Model Island: How to Build a Radical Culture Beyond the Idea of England*, Londres, 2019, pp. 7-8.

perforar? Estos dilemas apuntan a una cuestión más esencial aún: la supuesta caducidad del modelo de Westminster. Mientras iba avanzando con lentitud la remodelación del Palacio de Westminster, con un coste estimado de 12 millardos de libras esterlinas, un comentarista de derecha señaló que la «fantasía gótica sobre el Támesis» («la creciente decrepitud de su entramado arquitectónico es una metáfora casi demasiado obvia del propio Estado británico», decía) difícilmente podría restaurarse «sin que toda la estructura se venga abajo»³³. Sin embargo, tras el Brexit y a pesar de las promesas de los *tories* acerca de una nueva sede en Manchester, la culminación de la tan esperada modernización europea de la política británica, a la manera de Spaak, se antoja cada vez más improbable. En un mundo en el que «modernización» se ha convertido simplemente en un sinónimo de «más neoliberalización», lo nuevo aparece como la última versión de lo antiguo: la inservible y caduca «fantasía gótica».

Pero, ¿inservible para qué propósito? ¿E inadecuada para quién? Ya en 1991 Ellen Meiksins Wood criticó las tesis de Nairn y Anderson en *The Pristine Culture of Capitalism*, cuando afirmaba que la decadencia británica no era ninguna desviación atípica sino todo lo contrario: el símbolo perfecto del desarrollo capitalista. Un corolario de aquellas tesis era la suposición de que otros países capitalistas de desarrollo tardío no se veían afectados por los mismos trastornos que Gran Bretaña, porque eran más «modernos» y sus revoluciones burguesas habían sido más «completas». Lejos de ello, para Wood Gran Bretaña era un destilado de la historia capitalista, no un *Sonderweg*, un camino especial, dentro de ella. Según su lectura, la inclinación «a atribuir los fracasos del capitalismo a su carácter incompleto o al atraso de su entorno político y cultural parece descansar en ciertas suposiciones muy básicas acerca de su lógica económica, que apuntarían a que el capitalismo es productivo por naturaleza». Hoy en día, bastaría con echar un rápido vistazo a Piketty para deshacer tal ilusión. En ausencia de presión externa, la fórmula $r > g$ —esto es, que la tasa de rentabilidad sobre el patrimonio (r) es mayor que la tasa de crecimiento (g)— es simplemente el modo natural de funcionamiento de cualquier clase capitalista, desde Moscú a São Paulo o Londres. Wood podría haberlo dicho así: la desigualdad regional británica, en este sentido, tiene menos que ver con un atraso premoderno que con la lógica del propio capitalismo³⁴.

³³ Aris Roussinos, «The rot at the heart of Westminster», *UnHerd*, 24 de noviembre de 2020.

³⁴ Ellen Meiksins Wood, *The Pristine Culture of Capitalism: A Historical Essay on Old Regimes and Modern States*, Londres y Nueva York, 1991, pp. 13, 24, 163; ed. cast.: *La prístina cultura del capitalismo. Un ensayo histórico sobre el Antiguo Régimen y el Estado moderno*, Madrid, 2018.

No obstante, como señaló Perry Anderson en su respuesta a Wood, las comparaciones entre Ukania y Bélgica sirvieron para mostrar que «comienzos similares pueden dar lugar a finales bastante diferentes», y que «las venturas y desventuras nacionales no son meros destinos ya inscritos de antemano en el certificado de nacimiento industrial de un país»³⁵. Cualquiera que analice con frialdad las trayectorias de las primeras naciones industriales de Europa tendría que estar de acuerdo con esto. Los certificados de nacimiento no son mandamientos judiciales. Al igual que el norte de Inglaterra, Valonia tardó varias décadas en dejar atrás la alargada sombra de la fabricación a base de carbón. Por el camino fue capaz de desafiar la severidad capitalista y lograr la independencia federal, pero nunca hubo clemencia para Valonia y la regionalización no hizo sino agravar su dependencia dentro del desavenido matrimonio belga. El declive británico *puede* atribuirse a un fracaso en la modernización, tanto por la ausencia de un Spaak inglés como por el lastre que supone el efecto debilitante que tiene para el resto del país el éxito de la City londinense. Lo cierto es que el tipo de federalismo que la izquierda británica podría considerar como una marca de modernidad salvó a Valonia de las formas más sombrías de estancamiento.

Sin embargo, la «victoria» aquí sigue siendo pírrica: la globalización no se ha detenido y las empresas belgas siguen teniendo que competir en una hostil economía mundial. La regionalización protegió a los trabajadores valones de la globalización en la medida en que la clase política valona podía amenazar con una crisis constitucional si alguna vez el norte renunciaba a su solidaridad, pero esta táctica partía de la premisa de eludir todo cambio sistémico en la propia economía del sur. A menudo se afirma que un Reino Unido federalizado podría ofrecer a la izquierda más medios de coerción frente al capital, o, al menos, para frenar la marea privatizadora en curso. Pero sin el peso fiscal del Estado de Westminster, incluso liberado de sus restricciones constitucionales, coaccionar al capital británico para que se haga cargo de las regiones interiores será, con toda probabilidad, una tarea ingrata. Si no, que se lo pregunten al Partido Socialista valón.

La cuestión del norte, como deja claro el análisis de Hazeldine, es simplemente la patología más patente de un sistema intrínsecamente patológico. Sin disciplina externa ni coerción desde abajo, el capital británico de la posguerra volvió al modo rentista y retomó su posición como propietario

³⁵ Perry Anderson, *English Questions*, Londres y Nueva York, 1992, p. 337.

del casino transatlántico. Los argumentos en defensa del nacionalismo económico democrático-popular nunca perturbaron la conciencia de la clase dominante británica. Sabían que en cualquier locomotora de crecimiento industrial el maquinista siempre podría tirar de la palanca de freno y eso ellos nunca lo aceptarían. El rentismo *retardatario*, con la City londinense como gestora del dinero del mundo, seguiría siendo preferible a la independencia industrial. Pero ese rentismo retardatario, y no el «pseudonacionalismo del Antiguo Régimen», es el modo capitalista por defecto. Más que el síntoma de una modernidad no consumada, la cuestión del norte de Gran Bretaña indica la inercia de todo orden capitalista, que se retira una y otra vez a sus lugares seguros cada vez que el exceso de capacidad o la militancia proletaria amenazan sus márgenes de beneficio. Al igual que los estados del *sunbelt* del sur de Estados Unidos, Flandes fue capaz de sacar provecho de esta transición, estableciéndose como guardián al servicio de las multinacionales estadounidenses. Sin embargo, tal y como ilustran las regiones hermanas de Lieja, Pittsburgh y Detroit, la verdadera solución del problema del norte pasaría por solucionar el más espinoso de los problemas: el del propio capitalismo.

¿Qué otras políticas se ofrecen en el cuadro comparativo? Hazeldine muestra cómo los tres intentos del norte de desafiar el régimen del capital financiero-inmobiliario del sur quedaron en nada. A pesar de ello, los descontentos del norte han jugado un papel muy relevante en la evolución del país. Influyeron decisivamente en el voto del Brexit en 2016 y, luego, (tardíamente) ajustaron cuentas con los laboristas. ¿Es concebible que estas energías puedan ser canalizadas en un cuarto proyecto contrahegemónico? En tal caso, Bélgica ofrece un margen para la emulación. El Parti du Travail de Belgique/Partij van de Arbeid (PTB/PVDA), fundado a finales de la década de 1970 como una pequeña organización maoísta, se ha convertido en una de las fuerzas más poderosas de la izquierda belga y europea tras sufrir por un largo coma multicultural durante la década de 2000. En tanto que último partido propiamente unionista del país, pues todos los partidos tradicionales se han reorganizado en función de las regiones, el PTB/PVDA se ha construido una base sólida en el corazón posindustrial de Valonia, pisándole los talones al PS en esa zona. Está recabando apoyos en una más diversa Bruselas. Y, sorprendentemente, también ha subido hasta el 10 por 100 en Flandes, una región notoriamente conservadora.

Aunque es realista con respecto de las divisiones lingüísticas de Bélgica, el PTB/PVDA sostiene que la modernización y la regionalización no

son la panacea para los problemas del país. En su lugar, aboga por una «refederalización» completa de los servicios sociales que han sido regionalizados en los últimos tiempos, así como por fortalecer la estructura unitaria que queda en Bélgica. El parlamento belga debe ser elegido, en su opinión, por una única circunscripción a escala nacional no por circunscripciones divididas en función de la lengua. El PTB/PVDA, que defiende a ultranza lo que queda del Estado del bienestar belga, también ha hecho suya la causa del numeroso pero vacilante movimiento sindical del país, que quedó huérfano tras la escisión de sus antiguos pilares. El movimiento sigue anclado en un sindicalismo gremial, no muy diferente del practicado por los trabajadores británicos después del cartismo. Sin embargo, lo cierto es que hicieron una huelga por un convenio más justo el 29 de marzo posterior al inicio de la pandemia de la COVID-19, con el apoyo de los numerosos diputados federales del PTB/PVDA, que son a su vez miembros con carné del sindicato. En 2021 se hace difícil imaginar una versión británica de este escenario, pero sin duda sería una alternativa al creciente fervor descentralizador.